

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Monsolla y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.

Viernes 30 de Agosto

El Eco de Cartagena

UN POEMA EN AFRICA.

II.

(Conclusion.)

Dicen que la compasion es útil de los caminos del amor. El valiente soldado comprendió que en las extrañas circunstancias que le rodeaban debía seguir los consejos de la mora, y penetró en la morada arruinada, en donde aún existían dos ó tres habitaciones que podían utilizarse. Una vez instalado, Aleyat desapareció; pero á la noche vino, trayendo un poco de cebada, dátiles y agua.

—Es lo que puedo darte,—dijo.—Ahora quiero pedirte un favor: ¿Cómo llamar tú?

—Enrique.

¿Qué pasó despues, durante los dias que subsiguieron á aquel encuentro? No lo diremos nosotros: preguntadle al corazon, que sabe responder con doble elocuencia. Las simpatias son como esas moléculas que pueblan la atmósfera, que unidas entre si forman como una mariposa que parece volar por el espacio. Enrique se desesperaba en aquel encierro, en el fondo de aquellas ruinas que le sergian de acudo y proteccion; pero todo lo daba por bien empleado al tener el convencimiento y la esperanza de que á la noche vendria la cariñosa Aleyat para traerle alimento y amor.

Cuando llegaba la hora y la mora se retardaba, Enrique, despojado de su uniforme, se apoyaba en la pared y procuraba escuchar los rumores del viento, del mar ó de los animales feroces; pero luego que sentia los pasos de Aleyat, una alegría interior le dominaba y se entregaba á la ciega confianza que infunde el presentarse todo lo que tiene un carácter novelesco.

Aquellos dos seres que el destino habia llegado á unir de una manera tan extraña, habian de llegar á comprenderse del todo. La mora con su sangre árabe y el español con su

temperamento noble y decidido, se comunicaron lo que sentian. Aquel cielo, aquella soledad, aquel místico aislamiento habian de producir el prodigio del amor en aquellas dos almas que se comunicaban sus penas ó sus alegrías.

Quince dias despues, la mora y el cristiano se amaban con locura, resucitándose allí una de esas aventuras romancescas que fueron durante los siglos XVI y XVII el enlace de las dos razas que venian odiándose siglos enteros. Durante aquellos quince dias, Aleyat y Enrique lo olvidaron todo: el juno el ejército; la otra su fé; y allí, bajo la profunda majestad de la noche, se juraron que serian el uno del otro.

Quédate con nosotros,—le decia ella:—Tú serás señor de este aduar: abjura de tus creencias, y seré tu esposa.

—Vente conmigo,—le decia Enrique: un pobre cábaro nos llevará á las Chafarinas, allí recibirás el nombre dulcísimo de Maria y serás mi mujer.

Esta lucha intima de aquellos dos corazones, tenia que terminar venciendo Enrique. Aleyat se sometió al fin á los deseos de su amante, y se preparó la huida.

III.

Però no todas las cosas salen á pedir de boca. La noche que estaba destinada para llevar á cabo el proyecto, era oscura y tempestuosa; los bramidos del mar y del viento resonaban pavorosamente, pero esto no podia espantar al bravo cazador. Aleyat llegó á la hora convenida, pero temblaba de espanto; sin embargo estaba decidida á todo.

Enrique se vistió su uniforme y tomó su carabina: el cábaro se hallaba en una ensenada del rio Milbina antes de entrar en el mar, y ella conocia perfectamente el terreno para no temer estraviarse en aquellos parajes.

Era pues, de feliz augurio aquella noche sombría, y los dos amantes no trataron de perder tiempo.

—Ha llegado el momento,—exclamó Enrique;—vamos, con ayuda de Dios, á buscar la felicidad.

Ella se estrechó al cuello de su amante; pero en el momento mismo que iban á dejar la casa abandonada apareció un anciano árabe, en cuya mano llevaba la espigarda y en la cintura la terrible guma.

Una antorcha iluminaba á aquel aparecido, que parecia un fantasma á causa del blanco y ondulado jaique.

Enrique no titubeó en montar la carabina y apuntar.

—¡Oh! ¿Qué vas á hacer, desdichado...! Es mi padre!—dijo ella.

El anciano contempló aquel cuadro, y sacó la reluciente guma, diciendo:

—¡Mi hija, proteger al enemigo de nuestra patria! Allí lo habia adivinado. Yo la he visto venir todas las noches á este sitio; pero no creia en tanta perfidia.

Iba á sobrevenir una lucha á muerte: la situacion era violentísima pero Aleyat se puso en medio de los dos, y exclamó:

—¡Enrique, si matas á mi padre, no puedo ser tuya para siempre! Si tú oh padre, matas á mi esposo, asesinarás á tu hijo! Escoge.

Habia tal energía, tal verdad, tal sentimiento en aquellas palabras, que los dos enemigos bajaron sus armas. La fiera del carácter árabe se cambió á aquella exclamacion que salia del alma.

—¿Con qué tú... tú eres la esposa de un perro cristiano?

—Si, padre mio,—contestó Aleyat.—matame, pues, pero sálvale á él la vida.

Pasó una cosa terrible por los ojos del árabe; levantó de nuevo la guma, pero ésta, en vez de herir, cayó al suelo.

—¡Huye, huye! ¡Alá lo quiere!—contestó el árabe.—Estaba escrito.

El dia siguiente, Enrique y Aleyat llegaron á las Chafarinas, que habia sido recientemente ocupada por las tropas españolas. Conocida su historia, todos se interesaron por los héroes del poema de amor que acabamos de escribir.

Un mes despues, Aleyat recibia las aguas del bautismo y se unia en vínculo sagrado con Enrique.

El padre de la mora quiso olvidar á la hija, pero desde aquel dia la amó más.

Aún viven los dos héroes de este episodio en una hermosa ciudad de Andalucía, y hoy cuentan á sus amigos su pasada historia, de la que nosotros hemos sido simple expositores.

TORCUATO TARRACO.

«Pabellon Nacional.»

Existen en Inglaterra unos treinta andarines famosos, cuya única ocupacion consistió en proponer apuestas, y luego de aceptadas, recorrer dia y noche distancias verdaderamente fabulosas.

Segun refieren los periódicos ingleses, estos célebres andarines van á encontrarse frente á frente de un rival temible.

Una mujer, madama Anderson, ha recorrido este mes en Lynn-Regis, condado de Norfolk, sobre una pista circular, la friolera de cuatrocientas sesenta y dos horas, ó sean veintiocho dias.

Estaba tan poco fatigada al concluir, que todavia quiso en medio de los aplausos de la multitud, andar de gracia algunas leguas más.

Han comenzado las fiestas de las «Bedas de plata» de los reyes de Bélgica. La capital estaba toda empavesada, y el entusiasmo era unánime é indescriptible.

Los hombres y las mujeres del pueblo ostentaban en sus trajes los colores nacionales. Todos los obispos de Bélgica han asistido al «Te Deum» ejecutado en la catedral por los discípulos del Conservatorio.

El arzobispo de Malinas ha pronunciado una allocucion en honor de los reales conyugues.

La reina ha recibido varios presentes ofrecidos por las mujeres de Bélgica.

A la representación del teatro Real, donde se cantaba «Aid», asistieron los reyes, el conde de Flandes y el príncipe real de Prusia. La concurrencia que llenaba el teatro prorumpió en vivas á sus reyes, mien-